



Un cierto revuelo ha levantado el trabajo de Severiano Delgado - "Arqueología de un mito: el acto del 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca" - que trata de desmitificar el conocido enfrentamiento entre Unamuno y Millán Astray. Dice el autor que la versión que ha venido circulando tiene su origen en una recreación literaria, que no histórica, debida a la pluma de Luis Portillo. Según Delgado, no hay modo de reconstruir la literalidad del discurso de Unamuno. Efectivamente, no es tarea fácil recomponer con fidelidad lo acontecido entre las paredes del Paraninfo, cuáles fueron las palabras precisas de Unamuno, cuáles las expresiones de Millán Astray. No hay grabación alguna de aquellos discursos; por razones obvias, la prensa -controlada por la censura- no dio cuenta del incidente. Todo, pues, ha quedado fiado a las versiones, no siempre contestes, de testigos que presenciaron el acto. Como queda dicho, Luis Portillo llevó a cabo una reconstrucción de la que, con retoques, se sirvió Hugh Thomas para su libro sobre la guerra civil española, versión que gozó de predicamento porque ofrece al lector un cuadro de textura épica que representa el enfrentamiento dramático de la razón contra la fuerza bruta, inteligencia contra barbarie, justamente allí, en el corazón del sagrado templo del saber. Una especie de combate -dice Delgado- entre el Bien y el Mal.

Es sabido que, en aquel acto, Unamuno hizo pública la rectificación de su apoyo inicial al levantamiento militar, y deja clara su oposición al alzamiento, fraguada ya desde semanas antes; en aquellas fechas es consciente de su error y de que aquello no era, como creyó, rectificación alguna de la República, y que semejante horror nada tenía que ver con la "defensa de la civilización occidental cristiana" que él tanto predicaba. Pronto empieza a ver que sus amigos son encarcelados y asesinados; Casto Prieto, alcalde de Salamanca, y José Manso, diputado socialista, mueren a manos de falangistas venidos de Valladolid; el pastor protestante Atilano Coco es encarcelado como también lo fue Filiberto Villalobos. Aquello era expresión máxima de la barbarie cainita. "Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco", dice en carta dirigida en diciembre al escultor vasco Quintín de Torre.

A la hora de examinar lo ocurrido aquel 12 de octubre en el Paraninfo, los hispanistas Colette y Jean Claude Rabaté, en su libro "En el torbellino. Unamuno en la guerra civil" - de imprescindible lectura - se muestran especialmente cautelosos, y no avalan una versión hipotética o imaginada de un contenido que a estas alturas es ya difícil de recomponer, por eso entienden que debe procederse con "mucha humildad y circunspección" a la hora de reproducir palabras y hechos de aquel incidente. De ahí que se limiten a glosar las notas que el viejo rector fue escribiendo durante el acto al dorso de la carta que le había enviado la mujer del pastor protestante Atilano Coco pidiendo ayuda para su marido encarcelado. Lo probable es que Unamuno hablase, al menos en parte, de lo que allí figura anotado como guion.

Para reconstruir, aunque sea parcialmente, un contenido mínimo de lo que realmente aconteció, es referencia inexcusable lo que el propio don Miguel escribió durante aquellos días, tanto en su correspondencia privada como en las notas manuscritas que tituló "El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil española" - magníficamente glosado por Carlos Feal - y que no son sino unos convulsos y conmovedores apuntes escritos por un Unamuno angustiado y sobrecogido por aquella "salvaje pesadilla", postrer y dramático monólogo de un hombre fiel a sí mismo, que se encontró solo en medio de aquella barbarie, enfrentado a los "hunos" y los "hotros". Ahí escribe: "Vencer no es convencer; conquistar no es convertir". El primer inciso se corresponde con una de las anotaciones que iban a servirle de guion de la intervención a que se vio forzado, pues no tenía pensado hablar. Creo que puede asegurarse que aquellas palabras fueron efectivamente pronunciadas por don Miguel ante militares y falangistas presentes en el acto; se ha popularizado la forma del "venceréis pero no convenceréis"; a la postre, es indiferente, la admonición es la misma e idéntico el mansaje. Lo confirma el propio rector salmantino cuando en el manifiesto entregado a Jérôme Tharaud escribe: "Por haber dicho que vencer no es convencer ni conquistar es convertir el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos que me restituyó en mi rectoría (...) me haya destituido de ella". En noviembre, escribe a Mari Garelli (aunque la carta no llegó a ser enviada): "Es el terrible resentimiento, es la envidia que tan bien señaló a fuego Quevedo, es la lepra nacional, es el odio a la inteligencia. Y por haber dicho esto en público, y que vencer no es convencer, ni conquistar es convertir, y haber pedido otros métodos, el gobierno

Unamuno y Millán Astray



JULIO
PICATOSTE

Magistrado de la Audiencia
Provincial en Vigo



Unamuno, increpado por falangistas, sale de la Universidad de Salamanca para despedir a Millán Astray que sube al coche.

Creo que bastan estas citas para tener por ciertas las ya míticas palabras de Unamuno como pronunciadas por él en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca

dictatorial militar que me restituyó en mi Rectorado me ha destituido de él sin oírme y darme explicaciones." Las palabras "odio a la inteligencia" aparecen también en las notas escritas en el curso del acto.

Creo que bastan estas citas para tener por ciertas las ya míticas palabras de Unamuno como pronunciadas por él en el Paraninfo. Pero puede sumarse a lo dicho el testimonio de José Pérez-López Villamil, que asistió al acto, y refiere que don Miguel dijo: "¡tened presente que una cosa es vencer y otra convencer. ...una cosa es conquistar y otra convertir!" También Pemán, en su artículo publicado en ABC el 26 de noviembre de 1964 alude a esta expresión: "Dijo que no valía solo 'vencer', sino que había que 'convencer'".

Es muy posible que fueran las palabras con las que el catedrático Maldonado se refiere a vascos y catalanes las que determinasen a Unamuno a hablar, porque, en cuanto vasco, se sentía aludido. Pero su respuesta no se limita a Maldonado; el "vencer no es convencer" tiene un destinatario clarísimo, y ese no es el catedrático, sino los militares allí presentes.

En las notas que Unamuno tomó antes de su intervención, aparece el nombre de Rizal. Es también altamente probable que en su alocución hiciera el viejo rector referencia al fusilamiento del poeta José Rizal, héroe de la independencia de Filipinas, y que esta alusión fuera el detonante que hizo saltar al jefe de la propaganda militar. Según el testimonio de Vegas Latapie, asistente al acto y situado en lugar muy cercano al militar, don Miguel "sacó a colación el fusilamiento de Rizal", alusión ante la que reaccionó Millán Astray que se puso de pie y lanzó el grito de: "¡Muera la intelectualidad traidora!", palabras que Vegas Latapie afirma haber oído "perfectamente". La alusión a Rizal y la reacción airada aparecen también en el testimonio del médico José Pérez-López

Villamil, presente en el Paraninfo.

No son descartables las palabras atribuidas al fundador de la legión si, como muestran los Rabaté, en un discurso que aquel pronunció en Salamanca el 18 de octubre, amenaza gravemente a "la intelectualidad", a los intelectuales díscolos: "Serán fulminados", advierte. Esta reacción verbalizada a los pocos días del incidente, revela que Millán Astray había quedado herido por las palabras de Unamuno.

Otro de los extremos discutidos, sobre el que no hay unanimidad, es el relativo al nivel de conmoción y revuelo desatados por la valiente alocución del rector. Se señala una falta de correspondencia entre la sacudida que habrían producido sus palabras y las arrebatadas invectivas de Millán Astray, por una parte, y lo que, por otra, reflejan las dos fotografías hechas instantes después, en el momento de la despedida, a la salida de acto, donde Unamuno y el obispo Pla y Deniel despiden a Millán Astray que sube al

coche oficial en lo que parece un ambiente de cortesía y distensión. Frente a lo que han dicho algunos, el grupo de personas que, brazo en alto, rodean al viejo rector no está increpándole; simplemente, saludan al fundador de la Legión que acaba de pasar ante ellos en dirección al automóvil.

Sin negar el posible enfrentamiento dialéctico entre ambos protagonistas, Blanco Prieto sostiene que se ha dramatizado más de lo necesario el episodio del Paraninfo. Con todo, y sin que sea posible precisar detalles, sí debe admitirse una crispación ambiental notable toda vez que, a propósito de este episodio, el propio Unamuno le escribe a Quintín de Torre: "Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrion que es Millán Astray". A este atribuye Pemán una intervención inesperada con "gritos

arrebatados de contradicción a Unamuno". Según Pérez-López Villamil el momento "fue de un gran miedo", "aquello fue tremendo". Aún más, llega a decir este testigo que legionarios y falangistas amartillan sus pistolas "con idea de matar a Unamuno "aquí mismo... en su casa". Pongamos en cuarentena estas palabras ¿Es posible que en el tumulto que debió formarse, el testigo acertase a oír como algunos asistentes montaban sus armas? En todo caso, no es creíble que fuese para dar muerte a Unamuno. Si lo dicho por el testigo es cierto, no puede tener otra interpretación que la un ademán chulesco e intimidatorio de algunos botarates. El asesinato de Unamuno, que gozaba de un sólido prestigio internacional, hubiera sido un escándalo al que los militares del levantamiento no podían aventurarse: estaba muy reciente la muerte de García Lorca.

Pero otros datos abogan por la idea de que lo acontecido en el Paraninfo, fue un acontecimiento grave. Muy significativa es, por ejemplo, la carta que Francisco Bravo, importante cargo falangista, escribe justamente al día siguiente, 13 de octubre, al hijo mayor de Unamuno, Fernando, del que es amigo, donde se refiere al "grave incidente" y a las palabras de su padre "que suscitaron protestas crudas y violentas de los asistentes, con Millán Astray a la cabeza..." Le pide que le convenza para que evite cualquier otra actuación pública que genere algún tipo de alarma en evitación de que pudiera sucederle algún incidente desagradable.

Esta carta da clara medida de lo que el incidente fue y de lo que significó para los presentes. Pero es que aún han de calibrarse las repercusiones en el ámbito institucional: Unamuno fue depuesto de todos sus cargos y honores en la Universidad y en el Ayuntamiento. Este dejó sin efecto su nombramiento como alcalde vitalicio y lo destituyó como concejal; en un acto de contenido ignominioso y grotesco, se justifica el acuerdo por "las frases vertidas, con descortesía rencorosa, alevosía y premeditación" en el acto celebrado en el Paraninfo. Los compañeros de claustro, por unanimidad, le retiran su confianza como Rector y consideran el cargo vacante para el que proponen a Esteban Madruga.

Aun limitando el incidente a los datos mínimos que podemos tener por ciertos y aunque se quiera despojar a los hechos de toda adherencia épico-literaria con que se ha transmitido por algunos, es lo cierto que las palabras de Miguel de Unamuno, el pensador "donquijotesco", "fuerte vasco" "de química montura" como le describió Antonio Machado, fueron una lección de valentía poco común, y dieron cuenta de su oposición al levantamiento militar y de su firme repudio a aquella horrible pesadilla de barbarie cainita. Fue su última lección pública. Ya entonces presagiaba lo peor: el 21 de noviembre escribe a Lorenzo Giusso: "Cuando se acabe esta salvaje guerra incivil, vendrá aquí el régimen de la estupidez general colectiva y del más frenético terror". Lamentablemente, tuvo razón. Él no lo pudo ver, porque murió el último día del año 1936, pero las generaciones siguientes sí.